

Al ritmo de los estudiantes

La Educación Relacional es un modelo disruptivo en el que cada estudiante se empodera de su propio proceso de aprendizaje. Así es estudiar en el Colegio Fontán Capital.



Entrar al Colegio Fontán Capital, en Chía, es como explorar un mundo paralelo. Todo es diferente: los estudiantes no están organizados en cursos por edades, no tienen horarios de clases ni exámenes ni un profesor dictando en el tablero. De hecho, ni siquiera hay tablero. Todos trabajan con herramientas modernas y flexibles, en mesas que se asemejan más a los puestos de trabajo de una compañía tecnológica que a los tradicionales pupitres.

Los estudiantes están organizados en talleres por niveles de autonomía, en los que les acompañan dos tipos de educadores: el tutor y el analista. En los talleres, estudiantes de todas las edades aprenden a su ritmo, individualmente o en equipo. Toman decisiones para

trabajar con independencia cada tema, apoyados por el educador, quien interviene teniendo en cuenta el nivel de autonomía del estudiante.

Las raíces de este modelo se remontan a 1957, cuando Ventura Fontán y Emilia García, una pareja de psicólogos españoles, fundaron un centro de psicología del aprendizaje. En 1993, Julio Fontán abrió el Colegio Fontán Capital, donde inició la Educación Relacional. Este modelo pedagógico funciona con planes personalizados, que les permiten a cada estudiante, desde el respeto por sus diferencias, desarrollar hábitos y habilidades que están altamente correlacionados con la calidad de vida.

“Nuestro modelo se basa en un principio potente: el respeto profundo a que cada persona es única, altamente


compleja y está en permanente desarrollo. Esto exige planes personales dinámicos con los cuales los estudiantes adquieren hábitos intelectuales, emocionales, sociales, funcionales y físicos. Además, debemos respetar que los estudiantes son autores de su vida y actores en su entorno; en consecuencia, deben desarrollar su autonomía, su capacidad para trabajar con otros y entregar valor a su comunidad”, explica Julio Fontán.

En esta institución la lógica es distinta. Periódicamente el tutor, el estudiante y su familia se reúnen para evaluar la evolución y tomar las decisiones que potencien el desarrollo del niño. No hay notas en el sentido tradicional. De esta manera, el proceso de aprendizaje está perfectamente adaptado a las necesidades y a la naturaleza de cada persona.

Para Fontán, más que habilidades o competencias, el objetivo de la educación es desarrollar hábitos como la lectura, el pensamiento científico, la construcción de metas, la planeación de actividades, la excelencia y el rigor en sus acciones, la vida saludable, el manejo y la expresión de sus emociones.

Pero lo más interesante es que los estudiantes transversalmente desarrollan su autonomía: “Siento que he aprendido a manejar mi tiempo. El sistema me ayuda a ser muy responsable y autodidacta”, cuenta Gabriela, una estudiante de 14 años.

Una cosa que sorprende en cada sala es el orden y la disciplina. Si alguien molesta a otros, lo resuelven democráticamente en mesas de gobierno, donde los estudiantes deciden sobre temas de convivencia, acordando metas y asumiendo roles para alcanzarlos. Así desarrollan la responsabilidad.

La Educación Relacional ha tenido tanto éxito en mejorar la calidad que se ha convertido en uno de los modelos colombianos de exportación más exitosos. Se ha aplicado en España, Estados Unidos, Chile, Costa Rica, México y Ecuador, en catorce colegios públicos de Cundinamarca y cuatro de Itagüí, y ha llegado a 30.000 estudiantes. 

Julio Fontán abrió el Colegio Fontán Capital en 1993 y comenzó allí la Educación Relacional.

